

Juésves 21 de marzo, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — El cráter del Vesubio. — Unidades dramáticas. — Los anillos. — Poesía: Tristeza. — Antigüedades de Madrid. — Anecdota sobre Bayaceto I. — Tipos orijinales: El Cochero Simon.

EL CRÁTER DEL VESUBIO.

FRAGMENTO

DE LA RELACION DE UN VIAJERO.

Y después de cobrar aliento, emprendimos otra vez la subida con nuevo ardor; pero nos aguardaban mayores dificultades. Cuanto mas nos íbamos acercando á la cima, mas caliente se presentaba el terreno: nuestros pies abrasados no podían ya dar otro paso. “*Andiamo, signori, coraggio!*” gritó el guía: otro esfuerzo; ya hemos llegado.” Dos horas habíamos invertido en vencer la cuesta; estábamos nublado en sudor, teníamos los pies llenos de sangre y casi calcinados; pero cuan profusamente nos indemnizó de estas fatigas el admirable espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos! Qué mejor lugar pudieran elejir los poetas para colo-

car las fraguas de Vulcano, ó la mansion de los demonios!

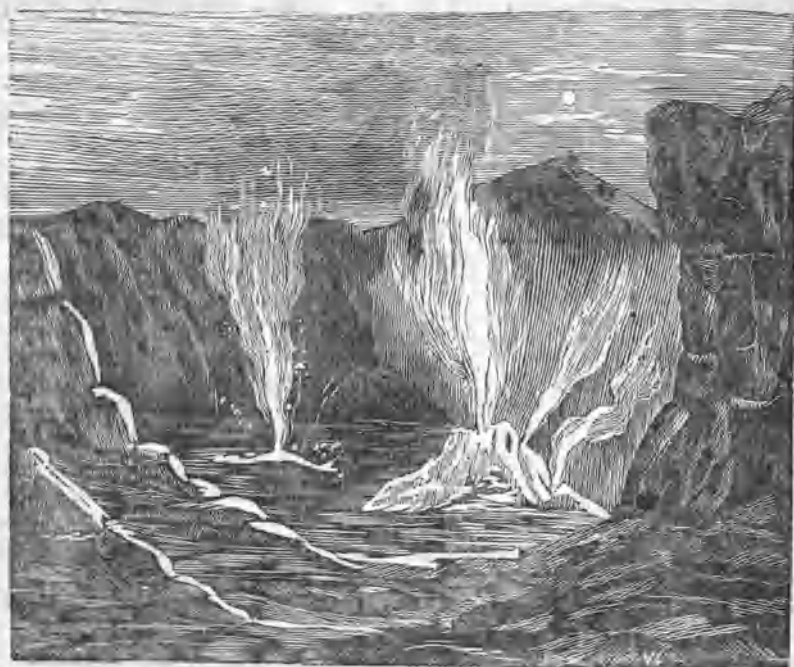
Figúrese el que lea un abismo de 5.624 pies de circunferencia con 1.340 de profundidad: las paredes interuas casi cortadas á pico y algunas veces en desplomo. Por todos lados humo ardiente: en el fondo del cráter, en medio de una gran concha de superficie desigual y color sombrío, se abre una ancha boca de unos 40 pies de diámetro (*), que vomita continuamente inmensos torbellinos de llamas, las cuales se elevan casi á la altura de la cima del monte, al paso que el humo sobresa á gran distancia. Sentíamos temblar la tierra de minuto en minuto; luego, con una detonacion parecida á la de una batería, lanzaba el volcan á prodijosa altura piedras rojas que ó bien caian perpendicularmente dentro de la boca de donde habian salido, ó bien desviándose un poco de la vertical aumentaban el cono formado al rededor del respiradero.

(*) El aspecto y forma del cráter varían en cada erupcion.

Envolto en nuestras capas, que el guía había traído, pues es bastante agudo el frío en la cima de la montaña, sentados en una losa de lava, contemplando este cuadro mágico é infernal, olvidábamos nuestras fatigas saboreando algunas botellas de *Lacryma Christi*. Apartamos un momento la vista del inflamado abismo para fijarla en la *Campagna felix*, que desde aquella altura dominábamos.

¡Cuanto no resaltó por el contraste la belleza del delicioso golfo de Nápoles! Cuán exacta y sublime expresión la del autor de los *Mártires*; Aquel es el paraíso visto desde el infierno!

Al oriente se mira el promontorio de Sorrento, patria del Tasso; Capri, el balcón de Tiberio; Ischia, volcan apagado, en otro tiempo digno rival del Vesubio; Procida la griega, y despues una larga



línea de mar azul. Al medio-día el cabo Miseno, Pozzuol, Pausilipo con sus bosques, sus iglesias y sus casas de campo; delante Nápoles desplegándose en magnífico anfiteatro; luego, á nuestras pies Portici, Herculano, Resina, las *Due Torri*, Pompeya y mil praderas esmaltadas de flores... Flores junto á un volcan!

Ibamos á partir... pero despues de ha-

ber contemplado la caverna que muja á nuestros pies, nos propusimos medir su profundidad.

Por el lado en que estábamos era imposible bajar al cráter. Nos fué preciso recorrer la mitad de su circunferencia, por un borde desigual y tan estrecho que en algunos puntos solo tenía un pie de latitud, caminando entre dos abismos, á la

izquierda una caverna de fuego, á la derecha la parte exterior de la montaña: si se iba un pie, no habia medio de salvacion. Llegamos por fin á un sitio en que la pared es ménos perpendicular y posible, si no fácil, la bajada.

Por fin lanzámonos al cráter por una cuesta en extremo rápida, andando entre humo y metiéndonos hasta las rodillas en ceniza ardiente. En ciertos parajes es tan fuerte el calor, que no puede resistirse. Uno de mis compañeros tuvo la desgracia de poner los pies en uno de estos sitios y sintió un dolor tan violento, que cayó al suelo, y, no hallando un punto de apoyo donde asegurar las manos, le fué imposible levantarse. Allí hubiera muerto sofocado y quemado, si al oír sus gritos no le hubiésemos enviado el guía, que le levantó y ayudó á ganar la cima de la montaña, donde estuvo aguardando el éxito de nuestra peligrosa excursión.

No tardamos en bajar al fondo del cráter, que está enteramente cubierto de lava líquida, y en medio se ve la boca de fuego que no cesa de vomitar llamas, piedras y humo. En la superficie de la lava sobrenada una espesa espuma. Sobre pedazos de ella que el contacto del aire ha enfriado un poco, escorias ligeras que crujen y se aplastan, tuvimos que aventurarnos para reconocer el fondo del cráter. Cuando salvábamos una grieta, casi nos sofocaban las *moftetas* azufradas y el ardiente vapor que exhalan.

Por cada hendidura veíamos á nuestros pies un fuego mil veces mas intenso que el de los hornos de vidrio. Si metiamos en ellas la punta del baston, la llama subía al momento hasta nuestro brazo. Pero todo lo olvidábamos, porque era muy poderosa la curiosidad; y solo cuando salimos del cráter, y nos hallamos fuera de la influencia de la impresion del momento, reflexionamos con espanto acerca de los pe-

ligros que acabábamos de correr. Si la ligera espuma en que apoyábamos los pies se hubiera hundido, si hubiésemos caído en una grieta, si el volcan hubiese vomitado mayor cantidad de piedras ó de lavas, hubiéramos desaparecido en ménos tiempo que invierto para decirlo. Y me atreveré á confesarlo? de tantos riesgos no se saca otro fruto que la estéril honra de decir: He bajado al cráter; he recojido allí estas lavas, estos minerales, estas escorias cubiertas de azufre; porque nada se ve en el fondo que desde lo alto de la montaña no se haya visto.

Con gran trabajo volvíamos á subir entre cenizas ardientes: recorrimos de nuevo la semi-circunferencia del volcan y al llegar al punto de partida, nos tiramos á rodar sobre una pendiente de cenizas y en once minutos bajamos la cuesta, en cuya subida habíamos empleado dos horas.

A las cinco y media estábamos en Resina: á las seis y cuarto nos apeábamos de la calesa en Nápoles atolondrados, quemados, despellejados, casi muertos de cansancio; pero ricos de aquellos recuerdos que quedan para siempre grabados en la imaginacion y que no se pagan muy caros con algunas horas de incomodidad.

LITERATURA.

DISCURSO

SOBRE LAS UNIDADES DRAMÁTICAS. (2)

Señores: al examinar las tres unidades del drama, cuestion en que se han ocupado tantos autores distinguidos de todas

(2) El autor de este discurso lo escribió para leerlo á la Seccion de Literatura del Ateneo el viernes 8 del corriente.

las naciones cultas, inútil parece recordar que esta regla, en unos tiempos y países apenas conocida, en otros acatada, repelida en algunos, y debatida mas ó menos en todas, no es (circunscrita á dos de los tres artículos que abraza) una ley de aquellas que tocan á la naturaleza misma de la fábula dramática, no es una de las condiciones de su existencia. Si en medio de una función teatral subiese el apuntador á las tablas con un cuaderno en la mano, y, dirigiéndose á los espectadores, se pudiese de improviso á leerles una narracion que terminase en forma histórica el hecho que hablan empezado á representar los actores; si se intentara suplir el diálogo de una comedia con la acción muda, cual se ejecuta en el baile, empleándola por un espacio considerable de tiempo; si hubiera quien escribiese un poema dialogado, no ya de la extensión del Cromwel de Victor Hugo ó de la Celestina, sino que llegase á ocupar un crecido número de volúmenes; á esta singular invencion, si se le podía aplicar un nombre, no sería ciertamente el de comedia ó tragedia, no sería el de drama. Reglas tiene, reglas necesita el poema dramático, que no podrán ser quebrantadas sin destruirlo; pero si en el número de estas puede contarse la que establece que su acción sea una, las unidades de tiempo y de lugar no pertenecen á tan elevada jerarquía. En las conferencias anteriores de la seccion de Literatura reconocieron esta verdad los oradores que tomaron parte en la discusion, puesto que generalmente propendían á conceder á los escritores dramáticos ciertas franquicias que no se avienen con el rigor del elasicismo; pero si algunos de estos señores se mostraron indulgentes ó jenerosos y otros no tanto con los que su mala estrella aficiona á tan difícil género de poesia, todos los votos se reunieron para desaprobar la licencia de que los dramáticos

modernos han usado en sus producciones, desde que se declararon en rebeldia contra los dogmas literarios del gran filósofo, que no pensó siquiera en establecer alguna de las doctrinas siglos hace apoyadas en la autoridad de su nombre. En consecuencia de esto, y sin detenerme á explicar que cosa sean unidades, hacer su historia, ni averiguar su índole; mi discurso se dividirá en los cuatro puntos sobre los cuales ha girado la discusion hasta ahora; inconvenientes de la completa sujecion á la regla de las tres unidades; inconvenientes de su inobservancia llevada al extremo; rumbo que han seguido los dramáticos modernos, apellidados *románticos* por apodo; y limites que debe tener esta licencia.

Nadie negará, por que es un hecho, que la mas importante de las tres unidades, la unidad de acción, es la que mejor acogida ó ménos oposicion ha encontrado siempre, y cuya necesidad apenas se ha controvertido. Los mismos revolucionarios de la literatura la adoptan; y cada vez que han tratado esta materia, ya críticos, ya preceptistas, ya escritores dramáticos, el que ménos ha dicho, ha confesado que era conveniente; los demas han afirmado sin vacilar que era precisa, indispensable, esencial al drama. Ver este precepto de un sistema que se combate, abrazado y seguido por los mismos que trabajan para destruir aquel propio sistema, al paso que escusa de discurrir argumentos con que defenderlo, excita tambien al observador á investigar si, además de las razones ostensibles, hay alguna particular y secreta para explicar este fenómeno. Á poco que se medite daremos con ella. Los inconvenientes que puede traer la rígida observancia de las unidades de lugar y tiempo son nada en comparación de los que produciría la regla de unidad de acción cumplida escrupulosamente, si fuera cierto, como decía Voltaire, que la perfeccion del

este sería una acción sin episodios; pero estos inconvenientes los han conocido todos los prescriptistas desde el primero al último, y los han salvado en la regla misma, la cual prescribe, no ya la unidad de acción estricta, simple y severa, sino modificada y ensanchada con una licencia conveniente. La razón es palpable. Observada la unidad de acción en su mas estrecho sentido, tal como la graduaba de perfecta el filósofo de Ferney, el poema dramático, sencillo hasta la desnudez entónces, despojado de incidentes varios que empeñasen la curiosidad del espectador, que le interesasen, que le conmoviesen, que le suspendieran, muy débilmente podría agitar el ánimo, muy corto placer pudiera dar al entendimiento. Si Corneille al trazar el plan de su *Polieucto Mártir* se hubiese querido atener minuciosamente al *simplex dumtaxat et unum* de Horacio; no hubiera tenido que renunciar á una gran parte de las bellezas de aquella tragedia magnífica? Un prófeto que derroca un idolo, un gobernador gentil encargado de castigar á los cristianos, una mujer que une á estos dos hombres, esposa del uno é hija del otro, esto era lo que bastaba en la tragedia de Polieucto para constituir la unidad de acción vigorosa: sobraba, pues, el personaje de Severo. ¿Y se podrá decir que esta figura es inútil en aquel cuadro? ¿Se la puede arrancar de allí, sin romper toda la armonía de la composición? ¿Interesaría Paulina tan vivamente, si no se hallase colocada entre un esposo y un amante? Es indudable que no. El mismo argumento puede aplicarse á la *Andrómaca* de Racine. La viuda de Hector lidiando con el temor de perder un hijo que es su delicia, y con la repugnancia de dar la mano al destructor de su patria y de su familia; Pirro que ya ruega, ya amenaza; y un embajador que reclama á Astianacte en nombre de la Grecia, son en la pieza que nombro los elementos cons-

titutivos de la acción, la cual podía correr á su término sin que interviniese en ella el personaje de Hermione que le da tanta vida. Pero Racine quería agitar fuertemente al espectador, sorprenderle, aturdirle; y por eso puso allí aquella mujer zelosa, que en un raptó de ira manda asesinar al hombre que ama, y, al saber que ha sido ejecutada su orden, maldice al instrumento de su venganza, se maldice á sí propia y se clava frenética un puñal en el pecho, cayendo exánime sobre la víctima adorada. Los personajes de Aquiles y Erifile en *Ifigenia*, el de Lusignan en *Zaira*, y en el *Avaro*, en la *Olimpiada* y en los *Titeres* quizá la mitad de los interlocutores, debieran igualmente, segun esta poética, ser arrojados de los lugares que tan oportunamente ocupan. Apenas habrá composición dramática buena, sea del género trágico, sea del cómico, en que la acción, sin dejar de ser una, no tenga diversos episodios enlazados con ella: es decir que en todos estos dramas usáron sus autores de la regla de unidad de acción con desahogo; es decir que la regla tiene en sí este ensanche mismo, para proporcionar mas movimiento, mas interés, mas vida, mas belleza al poema. Véase, pues, por qué clásicos y románticos, todos admiten la unidad de acción: la admiten, la defienden, la practican porque les concede cuanto pueden exigir razonablemente; porque al establecerla se ha contado con los inconvenientes que usarian de restringirla mucho. Una acción no puede medirse por horas como un día; por varas como el recinto de un gabinete, de una plaza, de un templo; por individuos como un cuerpo de tropa; y á esta feliz circunstancia han debido Lope, Calderon, Shakspeare y Schiller que aun los criticos mas intolerantes hayan hallado observada la unidad de acción en casi todas las obras inmortales de estos ingenios esclarecidos.

sin cuyo descubrimiento tal vez no hubieran podido en conciencia despacharles el título de poetas dramáticos; y eso que entre la sencillez de plan de *Cinna*, *Atalía*, *Meropa* y el *Misántropo* y la multiplicidad de incidentes de *Casa con dos puertas*, *Hamlet*, y *María Estuarda* la distancia que media es enorme.

La unidad de acción, pues, y no su escrópulo, la unidad de acción cual está recomendada por los preceptistas juiciosos, como la han practicado los ingenios más eminentes de todos tiempos y países, no ofrece obstáculos al poeta; no es una traba, es una belleza; no es un inconveniente, es una facilidad: lo difícil es hacer un drama bueno con dos ó mas acciones. En vano se citará tal ó cual tragedia de mérito en que se ha desatendido esta regla: el mérito de las obras á que aludo no consiste en la reunion de dos acciones, sino en el buen desempeño de alguna de ellas, en todo ó parte: son espejos rotos en pedazos grandes, donde aun cabe una fisonomía.

Acordes los dos partidos literarios en lo mas ¿ por que disputan por lo ménos? ¿ Son las unidades de tiempo y lugar mas necesarias á la fábula dramática que la de acción? Ninguno lo ha dicho. ¿ Por que, pues, se pleitea? Porque aquí la medida está dada. "Sea una la acción", se dice respecto de la unidad primordial. — ¿ Como ha de ser esta acción? ¿ cual su magnitud determinada? — La regla no lo fija, y cada autor obra desembarazadamente á su modo. Pero esta otra regla, ó estas otras dos, no permiten pasar de veinte y cuatro horas á lo sumo, ni salir de una sala ó una calle desde el principio al fin de la pieza. Aquí los límites están á la vista, y el que los pasa es descubierto al golpe, aquí nada se dejó á la libre disposición del poeta. Mas al sentar estos dos preceptos ¿ por que no se han tenido presentes sus obstáculos, como se han salvado con un

oportuno ensanche los de la unidad de acción? ¿ Por que hay en esta una rigidez que no vemos en aquella regla? ¿ Por que muchos dramáticos insignes la habían respetado? Los unos porque la hallaron establecida, los otros, los que concurren á establecerla, parte por contentar á los sabios especulativos, á quienes, como dice Corneille, es muy fácil el mostrarse severos, y parte por miedo á la censura de los ignorantes, que por mas ignorantes que sean, comprenden muy bien lo que es un lugar y un dia. Para defender la observancia de estas dos unidades, se acude á la verosimilitud, sin la cual la ilusion se desvanece. Enhorabuena, pero seamos consecuentes en todo: si es necesario respetar las unidades de lugar y de tiempo para no destruir la verosimilitud de la acción que se finje, permitase quebrantarlas para conservar esa verosimilitud misma. Si toda la acción no puede pasar verosimilmente en un sitio y en un dia, si exige la verosimilitud que los interlocutores del drama pasen de un punto á otro distante, el espectador se trasladará sin violencia á aquel dia y á aquel paraje, y le parecerá esto mejor que ver representados, en pocas horas y en un sitio, lances que no pueden ocurrir allí sino porque tal es la voluntad del poeta, esclavo de la regla de las unidades.

J. E. HARTZENBUCH.

(Se continuará.)

LOS ANILLOS.

Tan antiguo es el uso de los Anillos que su origen se pierde en la noche del tiempo. Créese que los Romanos lo tomaron de los Griegos, y estos de los Ejiptios ó de algunos pueblos del Asia.

En la antigüedad se usaban tres clases de *Anillos*: la primera servía de adorno, y aun como distintivo de las condiciones sociales. Los primitivos fueron de construcción sumamente sencilla, empleándose en ellos los metales mas viles. Construyéronse mas tarde de plata y de oro, y nadie quiso ya llevarlos de otra materia, si, á lo ménos, no se doraban. Entre los Romanos, cuando todavía no se acostumbraba engastar en los *Anillos* piedras preciosas, se colocaban indistintamente en una ó otra mano, y en cualquiera de los dedos. Ya generalizado el uso, se hizo moda llevarlos en el cuarto dedo: luego en el segundo, luego en el pequeño, y por último en todos, ménos en el llamado del corazón. Los Griegos colocaban el anillo en el cuarto dedo de la mano izquierda. Llegó á tal extremo en Grecia y en Roma el delirio por estos adornos, que no solamente se usaron *anillos* en todos los dedos de ambas manos, sino que se los ponían en cada una de las falanjes de cada uno de los dedos. En ambos pueblos se refinó el lujo y la delicadeza á tal extremo que se fabricaban *anillos* de invierno, y *anillos* de verano. En los primeros tiempos de la República romana, los Senadores no podían gastar anillo de oro si no habían sido embajadores en algun país extranjero, y aun así no se les permitía usarlo mas que en las asambleas y grandes ceremonias. Este derecho se hizo luego extensivo á todos los Senadores, y ya se llevó habitualmente el anillo, que fué despues la condecoración ecuestre. El pueblo usaba entónces *anillos* de plata, y los esclavos de hierro. Despues de la República, confundido todo, hasta los Libertos pudieron gastar anillo de oro.

Otra clase de *anillos* se dedicaba á sellar las cartas, los contratos, los diplomas, y aun los cofres y cajas, los armarios, las ánforas &c. Atribúyese su inven-

cion á los Lacedemonios. Cada uno hacía grabar en ellos un retrato, la figura de un animal, la de un carro, una ancla &c. y estos *anillos* eran de uso puramente personal. El emblema adoptado venía á ser lo que la *cifra* que suelen hoy usar en sus sellos los que no pueden grabar en ellos un blason heráldico.

Destinábanse otros *anillos* á las ceremonias nupciales, y en estos casos eran ordinariamente de hierro, sin pedrería, y se ponían en el cuarto dedo.

Llevábanse otros, inventados por la supersticion y acreditados por la impostura. Grabábanse en ellos algunos caracteres mágicos, y se colocaban en su interior yerbas ó piedras á que atribuían virtudes prodijosas y eficaces. Los que gastaban anillos de esta clase se creían libres de toda desgracia.

POESÍA.

IMITACION DE UNA ELEJÍA

DE ALFONSO DE LAMARTINE. (*)

TRISTEZA.

Llebadme, si, llebadme á la dichosa orilla
Dó Nápoles retrata sobre azulado mar
Sus montes, sus palacios, sus astros sin mancillo,
Su cielo que perfuman el mirto y el azahar.

Por qué tardais? Llebadme: que todavía anhelo
Ver el Vesubio ardiente del piélagó salir,
Y sobre las alturas su blanquecino velo
La aurora de la Italia tender y sonreir.

(*) Leida en el Liceo artistico y literario en la Sesión de competencia del jueves 7 de marzo de 1839.

Y trémulo de gozo, bajar de la colina
Guiando de mi amada la planta virjinal;
Decirle el entusiasmo que mi razón domina,
Saborear con ella su asombro anjelical.

Ah! sígueme á las ondas del mar adormecido;
Volvamos á la playa que roba el corazón,
Al arruinado templo que fué rival de Gnido,
Al túmulo que guarda la sombra de Maron.

Allí, bajo las vides risueñas y pomposas
Do el pámpano flexible al mirto se enlazó,
Trenzando en tu cabeza la lúveda de rosas
Que el séfiro marino lascivo acarició;

Solos allí, bien mío, con nuestra fé constante,
Solos en la campiña que ríe de placer,
Será mas deliciosa la vida del amante,
Tendrá la luz mas brillo, mas goces el querer.

Ay! de las horas mías la antorcha palidece
Extinguense sus fuerzas al soplo del dolor
Y si un destello lanza que súbito perece
Es cuando tu memoria le presta su calor.

Ignoro si los dioses querrán á mis alientos
Dar fin en la jornada tan fatigosa ya...
Mas ay! el horizonte se estrecha por momentos
Y apenas decir puedo que un año durará.

Oh! si morir es fuerza cuando aparece el día,
Si es fuerza en una tierra de dichas y de amor
Abandonar la copa que el hado me finjia
Orlada en otros tiempos de tanta y tanta flor:

Solo á los cielos pido que quien bondadoso
Mis pasos á la playa dó tu memoria esté,
Que saludar me dejen países tan hermosos,
Morir donde era dulce la vida que gocé.

M. 220

Estudios históricos sobre antigüedades de Madrid.

SAN ISIDRO, LABRADOR.

(Continuacion.)

La Memoria concluye refiriendo el milagro de haberse tocado por sí solas las campanas de la iglesia de S. Andres en el acto de la traslacion: el de varios tullidos que sanó el Santo: el de las lluvias obtenidas por su intercesion en la seca de la era 1270 (año de 1232): el del aviso que dió á Pedro García, *portionarius* de la iglesia de Santa María de la Almudena, por poca consideracion á las reliquias del Santo: el de otras lluvias en ocasion de gran necesidad: el del castigo que ejecutó en la persona de un recaudador real, que vino á Madrid á cobrar el derecho de la martiniega, y habló en su posada con cierta libertad y desprecio de cosas tocantes á la honra del Santo: el de un ciego que cobró la vista al contacto de la mortaja del santo cuerpo: el de un endemoniado que por intercesion de S. Isidro se vió libre del maligno espíritu: el de una mujer estéril que concibió por intercesion del Santo; y otros diferentes que se pueden ver en las obras cuyo objeto principal es tratar de este asunto.

Todos los milagros referidos por el diá-

cano Juan se hallan comentados en ellas, y añadida la narracion de los innumerables que constan de los procesos formados para la beatificación; en los cuales se probó que S. Isidro Labrador había sido honrado en Madrid con culto inmemorial.

Sobre la *Memoria* del diácono Juan, los procesos, y otros documentos y tradiciones, se formó respectivamente su plan cada uno de los muchos corónistas del Santo. Escriben, pues, que retirado á Torrelaguna, sirvió allí á un labrador: que los habitantes le apreciaban mucho, y tratando de casarlo, condescendió el Santo con sus instancias y abrazó el estado del matrimonio. Fué su mujer María, de padres hasta el día ignorados, como tambien los de S. Isidro. Servía en el mismo lugar de Torrelaguna, de donde algunos la hacen natural; pero otros pretenden que nació en Uceda, otros que en Madrid, y varios testigos que declararon en las informaciones recibidas ante diferentes autoridades eclesiásticas sobre la vida, milagros y demas circunstancias de aquella sierva de Dios, diéron la gloria de haber sido su cuna á Torrelaguna, Madrid, Caraquiz, Cobeña, Buitrago, Uceda, y Talamana. Nada se puede asegurar en favor de ninguna de estas poblaciones.

Casada con el labrador Isidro en la iglesia parroquial de Santa Maria Magdalena de la villa de Torrelaguna, tomó aquel en arrendamiento una posesion en la aldea de Caraquiz, y allí hacian los dos esposos ejemplarísima vida.

Pasó despues el Santo á la villa de Talamana á administrar ó dirigir la labranza que tenía en ella D. Juan de Vargas, caballero de Madrid. Acusáron á la esposa de S. Isidro del crimen de infidelidad, y el Santo se tranquilizó sobre la conducta de la acusada con el milagro de haberla visto atravesar sobre la mantilla el rio Jarama.

Volvió S. Isidro á Madrid, y en esta capital le nació su hijo único, que caído en un pozo fué vuelto milagrosamente á la vida. De consentimiento comun se separaron los santos esposos para hacer vida casta: S. Isidro se quedó en nuestra Capital, y su esposa pasó á Caraquiz, donde vivía santamente.

Repitiéronse las acusaciones contra aquella mujer virtuosa. El Santo partió en busca suya y se verificó segunda vez el prodigio de verla pasar sobre la mantilla de un lado á otro del rio Jarama. Regresó el Santo, siguió ocupándose constantemente en sus prácticas religiosas, contrajo la última enfermedad, vino á cuidarle su santa esposa, y habiendo fallecido S. Isidro, se volvió aquella á Caraquiz, donde murió tambien poco despues.

No hemos hablado de ninguno de los principios de S. Isidro Labrador en el lugar que parecia requerirlo la cronolojia de su historia, porque Juan Diácono no nos ha dejado rastro de luz acerca de ellos y los demas historiadores discuerdan bastante sobre lo mismo; pero será forzoso, al fin, decir algo sobre estas discordancias.

Quintana en su historia de Madrid escribe que fué S. Isidro natural de esta Villa, y que vino al mundo por los años de 1080, estando nuestra Capital en poder de los sarracenos, siendo alcaide de ella Tarif, hijo de Husem ó *Hesem* ó *Hassem*, y nieto del rey Almenon; y que los padres de nuestro Santo eran cristianos mozárabes.

Vera Tásis observa que el mismo Quintana en otro libro que compuso y tituló Antigüedad y origen de nuestra Señora de Atocha, dijo, con autoridad de Julián, arcipreste de Santa Justa, que S. Isidro había muerto en 28 de noviembre del año 973; es decir 107 años ántes de su nacimiento.

Comparando esto con lo que Juan Diácono escribió al principio de su memoria, resulta entre los dos textos una doble contradicción, bien patente por su enormidad. El diácono dice terminantemente que estuvo sepultado el santo cuerpo cuarenta años, al cabo de los cuales se hizo la traslación. Y es claro que si al número 973, año en que murió, según Juliano con quien se autorizó Quintana, se añade el número 40, años que tardó en ser trasladado, la suma de ambos números producirá el de 1013, año de la traslación. Pero Quintana dijo que S. Isidro había nacido en 1080: implicación notable, pues por el cálculo formado con sus mismos datos, el año de 1080 debía ya hacer 67 años que estaba trasladado.

Vera Tásis no se ahorra con el licenciado rector de la Latina sobre este anacronismo, tanto más sorprendente cuanto que el mismo Quintana había escrito antes, que la muerte del Santo sucedió por los años de 1172, dándole 92 de edad: con lo cual se conforma Vera Tásis.

Gil González Dávila escribe que S. Isidro nació el año que se trasladó el cuerpo de S. Isidoro, Arzobispo de Sevilla, desde esta ciudad á la de León.

Bleda calcula que nació por los años de 1100, y que fué su muerte á 30 de noviembre ó 1.º de diciembre de 1172, en tiempo de D. Alonso el noble (*octavo*): y cree, contra el sentir de Quintana, que los padres de nuestro Santo Patron no fueron mozárabes, si que vinieron á Madrid después de la conquista de Don Alonso VI.

Opínase que le pusieron por nombre Isidro, en reverencia del Santo Arzobispo Isidoro, cuya veneración era muy privilegiada entre los españoles; y no falta quien diga que no fueron sus padres labradores, que el abrazar el Santo este ejercicio es cosa que incluye su misterio particular, que

la primera profesión del mismo fué abrir y limpiar pozos y construir bodegas: que abrió uno en casa de Santa Nolla, no lejos de la puerta de Guadalajara: otro en la de D. Felipe de Vera, rejedor de Madrid; y que en la misma, comprendida hoy en el edificio que fué Colegio imperial construyó una bodega hermosísima: finalmente, que se llamó de apellido Merlo y Quintana.

En cuanto á la época de su fallecimiento se hallan también las opiniones divididas. Marieta, Marineo Sicudo, Basilio Santoro, y el P. Roman de la Higuera, citados por Bleda, pretenden que murió en 1270, 1192, 1170 y 973.

Lo cierto es que habiendo sido trasladado en 1.º de abril de 1212, según cómputos bien formados, debió morir en 1172, si el diácono Juan escribió verdad en su Memoria. Y que, habiendo muerto en 1172, debió nacer en la última ó penúltima decena del siglo X, y no en el año de la traslación de S. Isidoro. En el primer caso vivió 82 ó 92 años; en el segundo más de 100. Es preferible aquella cuenta, consideradas las circunstancias topográficas determinantes de la longevidad, y las particulares del ejercicio y mortificaciones de nuestro Santo Patron.

El señor rey Felipe II mandó comunicar sus órdenes al Duque de Sesá, su embajador en Roma, y á consecuencia de las mismas que lo fueron en 25 de marzo de 1593 se entabló la correspondiente demanda sobre la beatificación. En 6 de abril del mismo año dió el ayuntamiento sus poderes á D. Fernando Méndez de Ocampo, D. Diego de Salas Barbadillo, y Fr. Domingo de Mendoza, para que á nombre de la corporación promoviesen por su parte este negocio. Hallóse entorpecido por el concurso de circunstancias desagradables, entre las cuales no fué la de menor influencia el fallecimiento sucesivo de varios

juces auditores de la Rota romana, á quienes cometi6 S. S. el conocimiento de los procesos remitidos de España. Impaciente la corte del rey cat6lico nombr6 por particular procurador *in locis* á Don Diego de Barrionuevo, del h6bito de Santiago, rejidor perpetuo y alférez mayor de la villa de Madrid, quien pas6 á Roma, hizo grandes gastos, activ6 las diligencias, y obtuvo en 25 de marzo de 1619 la bula de beatificaci6n. Con este motivo se celebraron en Madrid unas solemnísimas fiestas, que di6ron principio en 15 de mayo de 1620, y de cuya suntuosidad y demas circunstancias har6mos menci6n en otro lugar.

El Papa Gregorio XV le canoniz6 en 12 de marzo de 1622.

AZCONA.

ANÉCDOTA

SOBRE BAYACETO I,

EMPERADOR DE TURQUÍA.

Hijo y sucesor de Amur6tes I en 1389, fu6 el quinto emperador de los Turcos. Apellid6ronle *el rayo*, por la rapidez de sus conquistas. Previculu6 que sus grandes designios le obligarian á alejarse de su capital, y con el fin de evitar que sus s6bditos se aprovecharan de la ausencia, para colocar á otro en el trono, mand6 asesinar á su hermano mayor.

En 1391, 1392 y 1393 quit6 á los Cristianos la Bulgaria, la Macedonia y la Tesalia, subyugando tambien casi todas las provincias en que gobernaban príncipes asiáticos. Sejismundo, rey de Hungría, cuyos auxilios habia implorado el empera-

dor Manuel Pale6logo, propuso una Cruzada contra Bayaceto. Colig6se la Francia, confiando por su parte la expedici6n á Juan, conde de Nevers, que march6 al frente de dos mil caballeros; mas este pequeño ej6rcito, despues de obtener algunas cortas ventajas sobre el enemigo, fu6 arrollado y deshecho cerca de Nicopolis en Bulgaria. La mayor parte de los que militaban á las 6rdenes del de Nevers quedaron muertos 6 prisioneros, y aquel fu6 conducido á Frusa entre cadenas.

El Emperador Turco, orgulloso con su triunfo, siti6 á Constantinopla, obligando á Manuel á dividir el poder soberano con Juan su Sobrino, á fin de que así quedase el primero como tributario y aun casi como vasallo de Bayaceto.

Abandon6 á Constantinopla para oponerse á los progresos del famoso Tamerlan, quien le envi6 sus embajadores, marchando despues contra Bayaceto que fu6 batido cerca de Angury.—Mustafá, su hijo mayor, qued6 muerto en el campo, y el padre fu6 hecho prisionero. Pregunt6le el vencedor: qué habr6is hecho con Tamerlan si le hubierais vencido?—Os hubiera encerrado, contest6 Bayaceto, en una jaula de hierro. Estoy, pues, autorizado, continu6 el Tártaro, para hacer lo mismo. En efecto, lo hizo inmediatamente.

Bayaceto, no ménos valiente encerrado en la jaula que á la cabeza de sus ej6rcitos, esperaba que de un momento á otro irfan sus hijos á rescatarlo; pero como no llegase este dia, le fu6 imposible resistir á su impaciencia y en 1403 se estrell6 contra las barras de hierro que lo cercaban.

Dicen que á Bayaceto le faltaba un ojo, y que Tamerlan cojeaba, y añaden que este al contemplarlo cierto dia en su jaula de hierro, exclam6: *sin duda debe de hacer Dios muy poco caso de los imperios,*

pues los da á hombres como nosotros, regalando hoy á quien no puede tenerse de pié lo que quitó ayer á un tuerto.

TIPOS ORIJNALES DE MADRID.

EL COCHERO SIMON.

.....

 pero delicada fué
 la invencion de la taberna.

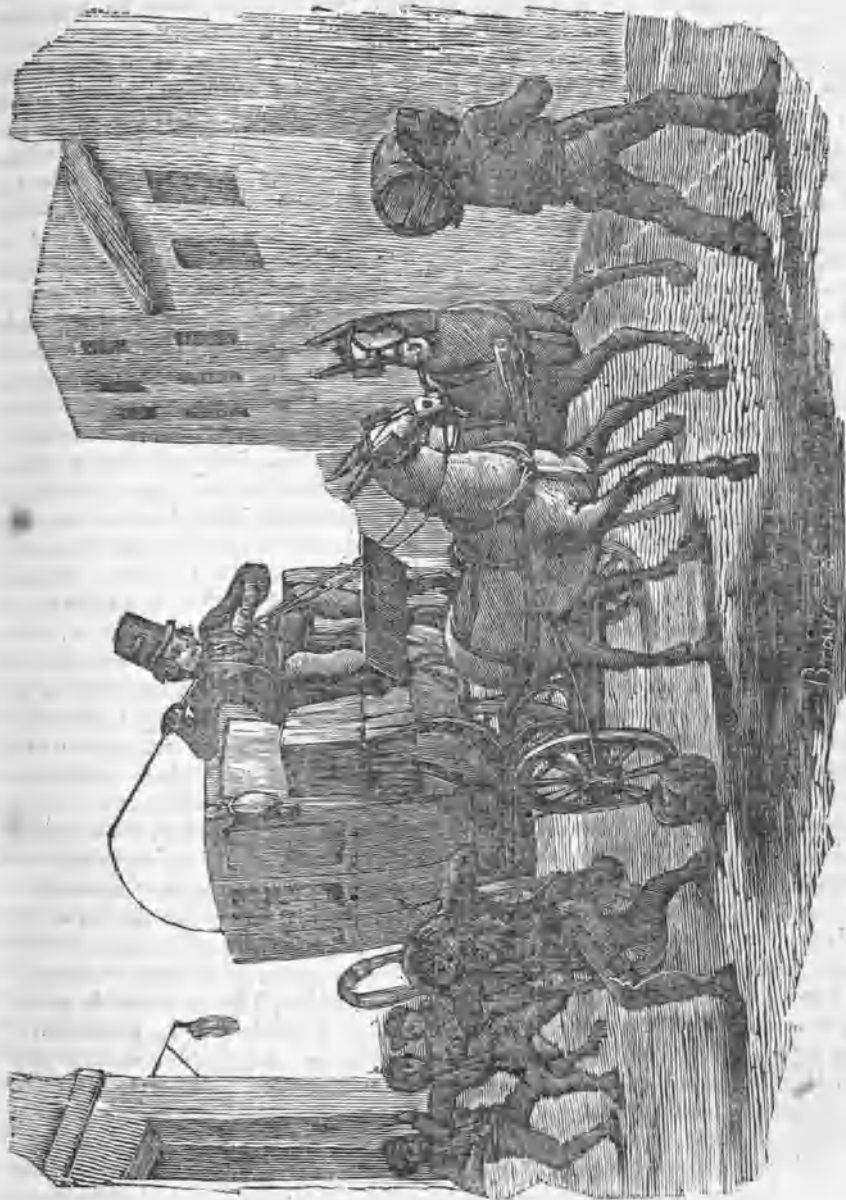
Así dijo un poeta; y yo añado que no fué ménos delicada la invencion del coche, y que su inventor, si como no lo dudo *está en gloria*, debe de haber sido colocado en muy distinguida categoria. Es mucho cuento un coche; y, si el coche es simon, es un cuento que se parece mucho á un chisme.

Esta máquina portentosa, adivinada desde la mas remota antigüedad, y perfeccionada, como todo, en los actuales tiempos en que á fuerza de pulimento damos fin de la materia pulimentable, es la mas cómoda y reglada éntre todas las engañifas sibaríticas á que la delezpada humanidad ha recurrido sucesivamente para crearse la ilusion de que ganaba en un sentido casi tanto, y tal vez mas de lo que perdía en otro.

No entraré en la cuestion de si fueron los antiguos Frijios los inventores del carruaje de cuatro ruedas, ni en la de si los Scitas tenían en los suyos seis, ni en la averiguacion del primer oficio á que los de cuatro y los de seis fueron destinados. Paso de largo, y hago la vista gorda sobre la historia griega y romana, relativamen-

te á todo lo que se llamó caminar en pies ajenos por medio de una máquina: omito el deslindar las diferencias entre el *currus* y la *rheda*, el *cisium* y la *biga*, el *pectorium*, la *quadriga* y el *corpentum*, la *caruca*, el *synoris* y el *birotum*; pero no me ha sido posible renunciar á la erudita mencion de todas las antiguallas suso-indicadas, porque tambien tengo yo mis pretensiones, como ahora se dice, y padezco un tanto cuanto de pujo por parecer hombre instruido. La ocasion es calva, y cuando pasan rábanos comprarlos. Este último consejo es excelente si el aconsejado tiene provista la faldriquera.

Al negocio. De todo lo mucho y bueno que puede tener un coche, quedome por hoy con solo el pescante, ya que por la degeneracion de todas las costumbres de nuestros venerables abuelos hemos convenido en trocar por aquel la escurridiza silla en que cabalgaba otro tiempo el conductor de esta clase de carruajes. *Oh mores!* Donde han ido á parar aquellas prolongadas coletas cuya gala consistia en que frisasen por lo ménos con el lomo de la cabalgadura, llegando al *maximum* de su importancia si pasando del lomo jugaban alternativamente sus agudas puntas ya de uno ya de otro lado del animal, á impulso de un trote desigual y violento? Qué se han hecho aquellos enormes botines de montar, sujetos por la parte exterior de la pierna con una barra perpendicular, de hierro... aquellos botines, digo, que pesaban término medio, par con par, tanto como los cocheros uno con otro, descontado el vino? Cuando será que vuelvan aquellos famosos sombreros de tres picos que en su anchuroso y dorsal semicírculo ofrecían seguro blanco á las pedradas de los muchachos? Dicen que el hábito no hace al monje! Yo sostengo que sí. La mitad de mis ilusiones se desvanece al considerar la diferencia de traje entre cochero y co-



brero. Y ántes que la otra mitad acabe también por desvanecerse, echo mano de uno de ellas, eligiendo con preferencia el que llaman *Simon*, que es en mi pobre concepto entre todos los mortales que manejan látigo, incluso los Boyardos de Rusia, el mas digno de figurar en el museo de nuestro Panorama.

No todos han heredado, ó ganado, ó robado bastante para tener un coche; pero quien es el que, una vez en su vida lo ménos, no necesita del auxilio de este mueble, relacionado con todas las necesidades, comodidades, placeres y extravagancias de la vida? Quien, yendo á pié, no ha echado siquiera un centenar de maldiciones á los que ván en coche, ya por motivo de las aguas y los lodos, ya por verse atropellado al atravesar una calle ó volver una esquina? El coche de alquiler se adivinó, sin duda, de resultas de alguna de las ocurrencias á que daban lugar los coches no alquilables, entrando por mucho en el descubrimiento y en la realización de *tan ruidosa idea* la envidia del pobre respecto de las gacés que se proporciona el rico y la natural propension á parecer mas de lo que somos, aunque el lograrlo nos cueste sacrificios. De todos modos con el establecimiento de coches de alquiler se multiplicó el número de riesgos ocasionados por la circulación de los carruajes, y se satisfizo un deseo de competencia y de rivalidad, aumentándose la boga que ya tenía entre nosotros aquella magnánima expresion: *puede la bola!*

Los coches de alquiler son de dominio común. La portezuela se abre indistintamente para Tiro y Troyanos: ensucianse sin reparo los estribos, lo mismo por el relamido elegante que va á los baños que por el pardo y tosco lugareño que se hace conducir á los toros; forzoso es, por tanto, ver en el encargado de este servicio público un hombre de ciertas circunstan-

cias, determinadas si se quiere por su especial modo de existir, que lleva el sello de la universalidad como las bendiciones del Papa: *Urbi et Orbi*.

El *Cochero Simon*, es en gran número de ejemplares asturiano, y no se parece á los otros Cocheros mas que en las formas y en el amor á las tabernas. Se llama *Toribio*, porque segun opinan varios Autores el coche de alquiler vió la pública luz bajo el signo de *Tauro*, á cuyas influencias le suponen sujeto los astrólogos.

Toribio es hombre fuerte, de pelo en pecho, capaz de resistir al mas deshecho huracan lo mismo que la mas derretido coloquio amoroso celebrado detras de su pescante á persianas corridas: endurecido en su exterior por la influencia de la intemperie, y acorchado en su interior á fuerza de tomar parte por carambola en las sensaciones ajenas: tan indiferente á la nieve de enero y al ardor del estío como á la conservacion ó á la caída del Ministro que en línea de coches no pasará tal vez del *Simon* contratado por *Suteria*, el Cochero de este artículo consagra todas sus afectos á sus mulas ó á sus caballos, y se interesa poco en los demas objetos que transitoriamente le cercan, ménos cuando los considera por el lado de las propinas; pero segun va cobrándolas entrega al olvido á los contribuyentes, sin ocuparse ni de su nombre, ni de su profesion, ni de ninguno de los rasgos de su fisonomía.

El *Cochero Simon*, sentado en su pescante, con tanto orgullo como si estuviese sobre un trono, asiste látigo en mano á la casi totalidad de las escenas de la vida pública, y á muchas de la particular, ya como actor indispensable, ya como espectador en luneta gratis-dada. Ora toma parte en el regocijo algarazco de un hazte: ora conduce á la Vicaría una boda con su correspondiente comparsa: ora marcha al campo-santo con el substantivo de

en entierro: ora lleva á Palacio al afamado pretendiente: ora camina con mesurada circunspeccion paseando amante y bien hallada pareja. Visita los Teatros y los Bailes, por la parte de afuera: aspira y respira el polvo del cisco extramuros de la puerta de Alcalá: las meriendas y cuchipandas de la Virgen del Puerto, de S. Isidro, y de S. Antonio de la Florida le son familiares; con participacion positiva: cobra las primicias del moscatel de ambos á dos Carabanchales; y hasta en la arena del Prado, terreno el mas desventajoso para su especialidad, resuena restañada su fusta, y él rivaliza en gritos con los demas cocheros, ya que no puede apostar á correr con ninguno. Porque conviene advertir que el *Cochero Simon* blasona justamente de juicio y de prudencia; y tiene tomadas todas sus medidas, aunque no es astre, de acuerdo con los no-fogosos corceles ó con las mulas matalonas, para evitar una catástrofe que podría ocurrir si los animalitos se deshocasen, y, por lo general, va despacio.

Toribio se viste de *moula*, para guardar en el drama todas las unidades. Levántase temprano, y conversa un rato con el *tranco* bajo las telarañosas colgaduras de la cuadra. Si no hay que *servir* por la mañana, distribuye económicamente su tiempo entre los coloquios con la guisandera de la esquina, y unas cuantas manos de brisca que se jurgan en la cochera con los compañeros. Si hay que *servir* toma la orden, apresta su ganado tardando todo lo que mas puede en enganchar, y adelanta de media hora su voluminoso reloj, para demostrar luego si conviene, demasia de tiempo en el servicio, y por ende solicitar aumento de gratificacion. Antes de subir al pesante entona su estómago con el *mínimum* de medio chico: sube, murmurando algunas frases de excitacion que son perfectamente comprendidas por los

cuadrúpedos, y seto continuo parte en toda la rapidez permitida á un coche de esta clase cuando va de vacio.

Si *Toribio* es groseramente servicial para todo el que alquila su coche: si apellidada *Señor Ana* á cualquier petate, por cuanto entre peso-duro y peso-duro no existe diferencia; es insolentemente atrevido con todos aquellos á quienes por el momento no le es dado llamar *Señores*, aunque les haya servido en el dia anterior, y haya de volver á servirles en el siguiente. Rara vez corre, pero frecuentemente atropello, complaciéndose en los apuros de las jentes que van á pié; gozándose cuando las bestias les salpican de lodo desde el tabillo á la coronilla: cruzando, á veera de intento, el *rostro público* con el prolongado azote que lleva en la diestra; y extasiándose de placer si acierta á dar por aproximacion con la lanza sobre alguno de sus paisanos que, cargado con una cuba de seis arrobas, acelera el paso por esquivar el golpe, y se resbala, y cae, ya que no bañado en su propia sangre, para bañarse en el agua que se derrama á torrentes.

Toribio lleva entre ceja y ceja el plano topográfico de la poblacion: conoce todos los malos pasos: conserva rejistro abierto de las obras que obstruyen la via comun: sabe de memoria las casas de todas las personas notables, y la mayor parte de las de medio pelo: tiene noticia circuns-tanciada de los domicilios de todas las hembras zurcidoras de voluntades, con quienes su profesion le pone en inmediato contacto muy á menudo; y si hubiera seguido siquiera media docena de cursos en Salamanca ó Alcalá, podría escribir ciento y un mil anécdotas, á cual mas curiosa, para ilustrar la historia contemporánea de la cuna de los hijos de la Ballena. Pero *Toribio* es casi casi tan animal como la *Leona* y la *Peregrina*, con las cuales hace causa comun, por la unidad de inten-

cion, *falsa* en lo jeneral: *Toribio* no ha *peasado* nunca mas que en su catálogo de votos y juramentos, en el minuterio de su reloj, en las sisas del alimento, ya escaso, de las bestias que le están encargadas, y en andar despacio siempre que entreve en el parroquiano la necesidad de ir de prisa. Todo lo mas que puede concedérsele en punto á operaciones del entendimiento, fuera de este círculo, es tal cual malicia truesca, y un discernimiento asombroso, hijo de la no interrumpida costumbre, para determinar sin necesidad de operaciones químicas, qué cantidad de agua se contiene en una gota de lo que llaman vino.

Toribio es algo arisco y regañon con los lacayos á quienes reputa inferiores en categoría. Siempre la teasera es mas baja que el pescante. Los desprecia, pues, no solo por aquella consideración, sino tambien por creerlos débiles y afeminados, juzgando contajioso el roce de sus manos con los brazos, manos y faldas de las mujeres á quienes acorren para subir ó apearse. En las cuestras arriba no consiente *Toribio* que el lacayo ocupe la zaga, y, si no se apea, no camina. Aun en terreno llano, segun la carga y las fuerzas del ganado, exige igual sacrificio; pero esto no obsta á que, de cuando en cuando, prescindiendo *Toribio* de su dignidad, y humillándose momentaneamente, entable algunos diálogos, de pescante á trasera, no insignificantes por cierto; pues son, como si dijéramos, el folletin de la gaceta que se redacta en la caja del coche. Por ejemplo:

La escena es en el paseo de S. Antonio de la Florida, á las cinco de la tarde. Salen de un ventorrillo del rio hasta ocho

personas, cuatro de un sexo, y cuatro de otro. Abrese la puertecilla, y van subiendo, los primeros los mas alegres, sin cumplimiento, ni distincion. Entra el sexto personaje, y ya falta lugar para sentarse cómodamente. Entra el séptimo... qué apuros! Entra el octavo... mal dicho! No acaba de entrar hasta cinco minutos despues.

Arréglanse, por fin, unos encima de otros todos los ocho, y dicen á *Toribio*: por la puerta de Segovia! Portazo, en marcha.

Una: chico, se me andan los árboles! = Uno: que contento irá el cochero. = *Toribio* (al lacayo): Manuel! Vaya una carga de honra! = Manuel (á *Toribio*): quieres que me baje? = *Toribio*: no. Estate quieto, y mira de cuando en cuando por el ventanillo, no carguemos tambien la conciencia!

Ya anochece, y con viento muy fresco. *Toribio*, que estaba resfriado, empezó á estornudar. Á cada estornudo le decia Manuel: *Dominus tacum!*— Á las seis ú ocho veces le pregunta *Toribio*: qué quiere decir *Dominus tacum*? Si ocurre algu en el coche, por qué no me lo dices claro? = Yo no sé lo que quiere decir *Dominus tacum*, contesta Manuel, pero es muy bueno para los estornudos! = Uno (al lacayo): qué tienes tú que mirar por la ventanilla? = Otro (al cochero): de donde eres, *Toribio*? = *Toribio*: soy de un pueblo que llaman el Charco. = Otro (al lacayo): y tú de donde eres? = El lacayo: á mi pueblo le dicen la Laguna. = Una de las Goymas-chicos, vaya un par de ranas!

AZCONA.

Editor responsable — A. GUERREMO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, número 7.